

ITALO CALVINO

CRANEOS Y SERPIENTES

EL SEÑOR PALOMAR EN MÉXICO

Traducción de Alberto Ruy Sánchez

En su viaje a México, el señor Palomar visita las ruinas de Tula, antigua capital de los toltecas. Lo acompaña un amigo mexicano que es conocedor apasionado y elocuente de las civilizaciones precolombinas, quien le cuenta muy bellas leyendas sobre Quetzalcóatl. Antes de convertirse en dios, Quetzalcóatl fue un rey que tuvo su palacio aquí, en Tula. Queda de él una hilera de columnas rotas alrededor de un *impluvium*, un poco como en los palacios de la antigua Roma.

El templo de la Estrella de la mañana es una pirámide con gradas. En la cima se elevan cuatro cariátides cilíndricas llamadas "Atlas", que representan al dios Quetzalcóatl como Estrella de la mañana (porque llevan en la espalda una mariposa, símbolo de la estrella), y cuatro columnas esculpidas que representan la Serpiente emplumada, es decir, una vez más, el dios en su forma animal.

Uno debe creer lo que le cuentan sobre todo esto. Sería difícil, por otra parte, demostrar lo contrario. En la arqueología mexicana cada escultura, cada objeto, cada detalle de un bajorrelieve significa algo que significa otra cosa, que a su vez quiere decir alguna otra cosa más. Un animal significa un dios que significa una estrella que significa un elemento o una cualidad humana, etc. Estamos en el mundo de la escritura pictográfica: los antiguos mexicanos trazaban figuras para escribir e incluso cuando dibujaban, era como si escribieran. Cada figura se presenta como una adivinanza que es necesario descifrar. Incluso los frisos más abstractos y geométricos sobre los muros de un templo pueden ser interpretados como flechas si vemos en ellos un motivo de líneas interrumpidas. Pero también pueden interpretarse, dependiendo de la manera en que las grecas se suceden, como una serie numérica. Aquí, en Tula, los bajorrelieves repiten figuras estilizadas de animales: jaguares, coyotes. El amigo mexicano de Palomar se detiene un momento frente a cada piedra y la transforma en relato cósmico, en alegoría, en reflexión moral.

Un grupo de estudiantes pasa entre las ruinas: niños con rasgos indígenas, tal vez descendientes de los constructores de estos templos, en un sencillo uniforme blanco tipo *Boy-Scout* con pañoletas azul pálido al cuello. Los guía un maestro no mucho más alto que ellos, tiene apenas un poco más de edad, pero el mismo rostro fijo, redondo y moreno. Suben las altas escalinatas de la pirámide, se detienen bajo las columnas, y el maestro les explica a qué civilización perte-



nacieron, en qué siglo, en qué tipo de piedra fueron esculpidas. Luego concluye: "No se sabe lo que significan"; y los alumnos descienden detrás de él. Frente a cada escultura, frente a cada figura tallada en bajorrelieve o sobre una columna, el maestro recita algunos datos conocidos y añade invariablemente: "No se sabe lo que significa".

Ahí está el Chac-mool, un tipo de escultura muy difundido: la figura humana semirecostada que sostiene un recipiente. Afirman los expertos que allí se ponían los corazones ensangrentados de las víctimas humanas sacrificadas. En sí mismas, esas esculturas podrían ser vistas como muñecas bonachonas y frustradas pero, cada vez que ve una, el señor Palomar no puede dejar de sentir un escalofrío.

Las filas de alumnos pasan, el maestro les dice: "Esto es un Chac-mool, no se sabe lo que significa"; y continúan su recorrido.

Mientras el señor Palomar escucha las explicaciones del amigo que lo guía, se cruza invariablemente con los alumnos y termina por captar las palabras del maestro. Palomar está fascinado por la riqueza de referencias mitológicas de su amigo. El juego de las interpretaciones: la lectura alegórica, le ha parecido siempre un ejercicio soberano del espíritu. Pero se siente igualmente atraído por la actitud opuesta del maestro: lo que al principio le parecía una ausencia de interés ahora se le revela como una radical posición científica y pedagógica, una elección de ese joven grave y concienzudo, una regla que no quiere romper. Una piedra, una figura, un signo o una palabra que nos llegue aislada de su contexto no es sino esa piedra, esa figura, ese signo o esa palabra: podemos tratar de definirla, describirla como lo que es, pero hasta ahí. Si tienen una cara escondida además de la que nos presentan, no podremos conocerla. El rechazo a comprender más de lo que las piedras nos muestran es, tal vez, la única manera posible de respetar su secreto. Tratar de adivinar es una presunción, una forma de traicionar el verdadero significado perdido.

Detrás de la pirámide pasa un corredor entre dos muros. Uno de ellos es de adobe y el otro de piedra esculpida: el Muro de las serpientes. Tal vez sea la más bella pieza de Tula: en relieve sobre el friso se suceden serpientes que llevan entre las mandíbulas, como si fueran a devorarlo, un cráneo humano. Los niños pasan y el maestro les dice: "Este es el Muro de las serpientes. Cada una lleva en las mandíbulas un cráneo. No se sabe lo que significa".

El amigo de Palomar no puede ya dominarse: "Pero claro que se sabe. Es la continuidad de la vida y de la muerte, la vida que es vida porque lleva consigo a la muerte, la muerte que es muerte porque sin muerte no hay vida..." Los niños escuchan con la boca abierta y los ojos negros brillantes de asombro. El señor Palomar piensa que toda traducción requiere otra traducción y así sucesivamente. Se pregunta:

¿Qué querría decir para los toltecas la muerte, la vida, el paso de una a la otra, la continuidad? ¿Y qué puede significar todo eso para los niños?, ¿y qué significa para mí? Sin embargo, él sabe que nunca podrá ahogar en él la necesidad de traducir, de pasar de un lenguaje a otro, pasar de las figuras concretas a las palabras abstractas, de los símbolos abstractos a las experiencias concretas, la necesidad de tejer y volver a tejer una red de analogías. Es imposible no interpretar, como lo es abstenerse de pensar.

Cuando los alumnos se perdieron de vista detrás de una esquina, aún se escucha la voz obstinada del pequeño maestro: "No es verdad, no es cierto lo que les dijo el señor. No se sabe nada de lo que aquello significa".

"Cráneos y serpientes" o "El señor Palomar en México" forma parte del libro *Palomar* que próximamente publicará Alianza Editorial en España. *Vuelta* publicó "El señor Palomar en el Japón" (*Vuelta* 25, diciembre de 1978) con relatos que no incluyó Calvino en su edición definitiva de *Palomar*.

BIBLIOGRAFÍA

Amigo cercano y colaborador de *Vuelta* desde su primer número, el narrador italiano Italo Calvino murió en Siena, una de las más bellas ciudades italianas, el 19 de septiembre de 1985. Había nacido en Santiago de las Vegas, Cuba, en 1923. Entre sus libros principales:

- El sendero de los nidos de araña*, 1947
- Ultimo viene el cuervo*, 1949
- El vizconde dividido*, 1952
- La hormiga argentina*, 1952
- La entrada en guerra*, 1954
- Fábulas italianas*, 1956
- El barón rampante*, 1957
- La especulación inmobiliaria*, 1957
- La nube de Smog*, 1958
- El caballero inexistente*, 1959
- La jornada de un escrutador*, 1963
- Marcavaldo*, 1963
- Cosmicómicas*, 1965
- Tiempo cero*, 1967
- Las ciudades invisibles*, 1972
- El castillo de los destinos cruzados*, 1973
- Si una noche de invierno un viajero*, 1979
- Una piedra encima*, 1980
- El bosque ratz laberinto*, 1981
- Cómo escribí uno de mis libros*, 1983
- Palomar*, 1983

En *Vuelta*, Italo Calvino publicó:

- Diálogo con Moctezuma*, *Vuelta* 1
- El señor Palomar en el Japón*, *Vuelta* 25
- La mano que se sigue*, *Vuelta* 51
- Memorias de Casanova*, *Vuelta* 75
- Sabor Saber*, *Vuelta* 87
- Olvida y recuerda*, *Vuelta* 100

